

DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE
MONTERREY, LA TARDE DEL 7 DE OCTUBRE

DE 1883.



HACE cuatro años, como bien recordáis, que fui trasladado á esta sede, de la cual tomé posesión pocos meses después. Conforme á mi principio de nada innovar, sino impelido por causas poderosísimas, de nada cambiar, si no es para mejorarlo, dejé los establecimientos de educación dependientes del Obispado, en la misma situación en que me fueron entregados. El cuerpo de profesores, el método de enseñanza, la disciplina, los estudios, todo continuó del mismo modo que bajo mi venerable Predecesor.

No fué sino después de trascurridos dos años cuando, ya bien informado de todo, ya conocedor del terreno y de las personas, de las circunstancias locales y de las exigencias del momento, me decidí á hacer algunas variaciones de más ó menos importancia; y no procedí á

llevarlas á cabo, sin haberlas antes discutido y consultado con el prudente varón, rector entonces de este Colegio. El primer cambio fué bien ligero: referente tan sólo á la época de las vacaciones, que dispuse fueran en la estación invernal, en vez del otoño, ó más bien dicho del estío, si atendemos á los excesivos calores de esos meses en las regiones que habitamos. En el discurso que pronuncié entonces en la distribución de premios, expuse las razones que tuve para dar semejante paso, y no hay que insistir sobre la conveniencia de una medida de que no hemos tenido hasta ahora que arrepentirnos.

Innovación más trascendental fué la refundición, en uno solo, de ambos colegios de internos y de externos. Si atendiera exclusivamente á mi gusto y á mis ideas, jamás lo habría verificado. Mi bello ideal de un seminario, es que los aspirantes al sacerdocio estén completamente segregados del resto de los mortales, entregados á sus estudios, dedicados al servicio de Dios y de la Iglesia, sin tratar más que con los que tienen sus mismas ideas é intenciones, olvidados por algunos años de que existe otro mundo fuera de los muros de su habitación. ¡Qué bello es, en verdad, contemplar en esos planteles que, en Francia sobre todo, han llegado al colmo de la perfección, doscientos, y aun trescientos y quinientos levitas congregados bajo un mismo techo, y formando por sí solos un mundo aparte! ¡Cuánta emulación entre esos tiernos eclesiásticos, tanto para las prácticas de virtud, como para el aprendizaje de las ciencias sagradas! En medio de tantas vocaciones, el único obstáculo es, como dicen los franceses, la dificultad de la elección, *l'embarras du choix*. Se pueden desechar muchos jóvenes, seguros

de que siempre quedará un número mayor, que se purificará más y más al ver la severidad con que han sido descartados sus compañeros. Aunque se cierren las puertas del Seminario, sobrarán pretendientes que vengán á llamar á las mismas una y mil veces con tenaz insistencia; y al recurrir las Témporas y el Sábado Santo, veremos en cada ordenación no pocos sacerdotes, varios diáconos, muchos subdiáconos, docenas de menoristas y tonsurados, á los pies del fatigado Pontífice.

Pero lo que es bueno en Francia puede ser malo en México; lo que surte efecto en el interior de nuestro país puede producir pésimas consecuencias en estas regiones septentrionales. ¿Dónde, dónde están en la República Mexicana esos centenares de estudiantes eclesiásticos que vemos en San Sulpicio, ó en el Seminario de las Misiones Extranjeras, ó en el del Espíritu Santo de París? ¿Acaso en México, ó en Morelia, ó en Guadalajara, podemos asistir hoy día á ordenaciones en que reciban la imposición de las manos, no diré ya un número igual, pero siquiera la mitad, la cuarta, la décima parte de los que vemos habitualmente en San Juan de Letrán, ó bajo las góticas bóvedas de *Notre Dame*? ¡Ay! Excusadme la respuesta; pero decidme: si tan decaída se halla la Iglesia en los puntos de nuestra República, en que tanto floreció y en que tanto abundaba el clero, ¿qué sucederá en nuestras fronteras?

Cuando hace algún tiempo pregunté á mi Predecesor, al pasar por esta diócesi, entonces suya, cuál era el número de sacerdotes que anualmente se ordenaban en esta ciudad, *uno sólo cada año por término medio*, me respondió. La triste experiencia me ha enseñado que no

eran errados sus cálculos; y el ver que el número de alumnos disminuía, tanto en el internado como en el colegio de externos, me hizo temer que en lo de adelante ya ni ese ínfimo número recibiera la imposición de las manos.

En circunstancias, por tanto, tan diferentes, tan absolutamente diferentes de las que reinan en esos renombrados seminarios, que quisiéramos nos sirvieran de norma, diferentes, diametralmente diferentes deben ser los medios de que nos sirvamos para llenar el fin de todo plantel eclesiástico, que es proveer periódicamente á la Iglesia de un número competente de dignos ministros. Donde llaman muchísimos, aun más de los necesarios, á la puerta del santuario, la táctica deberá ser cerrarla. Donde respiramos cierta atmósfera de indiferentismo, donde el culto no tiene todo aquel esplendor, ni el clero aquella influencia, que pueda inspirar deseos de pertenecer al sacerdocio, aun á niños que viven en el mundo, la estrategia deberá fundarse en abrir de par en par la puerta del santuario, y en mostrar al mayor número de jóvenes, los pocos y apartados lugares en que se honra y estima la virtud, en que las prácticas del culto son frecuentes y solemnes, en que los ministros del altar obtienen el respeto que merece su dignidad. El hacer lo contrario, el tomar por modelo colegios, ciudades y países que no se asemejan en nada á los nuestros, el querer ajustar nuestro Seminario á determinado *cartabón* (si así puedo expresarme) sin tener en cuenta la diversidad de lugares, circunstancias, tiempos, caracteres y exigencias particulares, sería tan absurdo como pretender normar la legislación y costumbres de nuestra despoblada América, por las de la China, que rebosa en población. ¿Qué

diríais si empezasen nuestras madres á anegar en nuestros escasos ríos, ó á destruir de otra manera á la mayor parte de sus hijos, como hacen en el Celeste Imperio? ¿Qué quedaría en poco tiempo de los diez millones, no completos, que ahora pueblan á México, si compañías de emigración nos sacasen cada año 50 ó 60.000 individuos para ir á poblar otros países?

Algo semejante hubiera sucedido (si es lícito comparar lo grande con lo pequeño), sin la refundición en uno de los dos colegios. Las cátedras se hallaban reducidas en cada uno, á dos, tres, cuatro alumnos á lo sumo: en Teología Dogmática no ha habido sino un cursante este año; uno tan sólo ha frecuentado las aulas de Teología Moral. ¿Qué emulación podía haber en tan reducido número de escolares? ¿Qué estímulo podría tener un cuerpo de profesores menor que el de discípulos? Juntando ambos colegios se remedió algo el mal, y siquiera la clase de mínimos ha contado una docena de cursantes el año que acaba de espirar; alguna emulación pudo suscitarse entre los cuatro ó cinco alumnos de Física, entre los cinco ó seis (si no yerro) de Filosofía racional. Algo se obtuvo; y como á pesar de la reunión no fué el conjunto demasiado crecido, los superiores no han necesitado de mucho personal ni grandes esfuerzos para mantener la disciplina, y conservar la debida separación entre el Seminario mayor y el menor; entre los aspirantes al sacerdocio y los que no manifiestan vocación. Así, por la naturaleza misma de las cosas, se habrá podido remediar el inconveniente ordinario de la mezcla de internos y externos; y creo y supongo que así lo han hecho en realidad los dignos superiores de mi Seminario.

Creo y supongo, he dicho, sin afirmarlo positivamente; porque, como comprendéis, Señores, aunque el Obispo sea el dueño y jefe de su colegio clerical, no es el superior inmediato, y no es ni puede ser responsable de los pormenores de la disciplina ó de los estudios. Gravísimos son los deberes del Prelado con respecto á su seminario; pero no puede desempeñarlos personalmente, impedido por otros deberes imprescindibles. Es cierto, sí, que es su colegio por excelencia, y con más títulos que otro alguno; que es *su casa propia*, y no puede, cualesquiera que sean las circunstancias, llamarse casa de otro, aun cuando la confie, como Benedicto XIV cuando era Arzobispo de Bolonia, á la Congregación de los Barnabitas ó á algún otro instituto religioso. Es cierto también que el Prelado es quien tiene personalmente que rendir cuenta de su seminario á la Santa Sede, y que á él, y no al cuerpo de profesores, dirige la misma Sede Apostólica sus plácemes ó extrañamientos. Pero quien infiera de aquí que al Obispo se deba atribuir todo lo bueno ó lo malo de su colegio, errará radicalmente. Consecuencia ilegítima sería, por ejemplo, el deducir que las ciencias naturales tienen que florecer especialmente en el plantel de una diócesi, cuyo jefe se deleita en las Matemáticas, y es perito en la Química y en la Física. Descaminado andaría de igual suerte quien creyera que, porque tal Obispo no es Doctor en Teología, la Teología no se enseña en su seminario. Debemos, sí, suponer que manifestará al cuerpo de profesores sus deseos y sus gustos; que mostrará su satisfacción cuando éstos se cumplen, y no ocultará su desaprobación cuando se le contraría; pero que en sus visitas (semestrales como acostumbra San

Carlos Borromeo, ó á lo sumo mensuales, como Benedicto XIV), pueda el Prelado amoldar todo á sus propias nociones é inclinaciones, es absolutamente imposible.

Así es, Señores, que no á mí, sino á los Profesores y alumnos se debe el buen éxito que este año han tenido los exámenes de astronomía y ciencias exactas; éxito que hace tanto más honor á los estudiantes, cuanto que dos veces durante el año escolar, sin culpa de ellos ni voluntad mía, cambiaron de maestro. Tampoco á mí se debió la lucida función en que, hace dos años, dieron los alumnos tan brillante muestra de sus adelantos en la declamación; fiesta que atrajo una numerosa concurrencia, que estimuló á los alumnos poderosamente, y conquistó al colegio crédito y honor. Tampoco reclamo parte alguna de los elogios á que es acreedor el Profesor de segundo curso de latinidad, por haber hecho á niños de edad bastante tierna estudiar en pocos meses la porción de la gramática que, conforme á mi plan de estudios, debería distribuirse en dos años, y haberles inducido á traducir el número, verdaderamente asombroso, de piezas latinas que el programa de los exámenes públicos nos manifiesta.

Por otra parte, los que me conocen como campeón del helenismo no sólo en México, sino en todos los países donde se habla español, no se figuren que yo he arriado bandera porque el estudio del griego ha quedado escrito en el programa de mi Seminario como *magni nominis umbra*. El mismo empeño que siempre he tenido, he mostrado este año, en que pudo venir á mi colegio el egregio joven que es ahora Rector, y que, en el brevísimo tiempo de mi vida que me dediqué al magisterio,